EL NUEVO SISTEMA

Miami, 2027

Valentina llevaba un poco más de dos años en un cargo nuevo, como coordinadora administrativa de un programa binacional de trasplante de órganos, financiado entre un hospital de Miami y una red de clínicas en Medellín, parte de un piloto que en la oficina llamaban simplemente «el proyecto de interoperabilidad» —una frase tan aburrida que nadie se molestaba en preguntar qué significaba en la práctica. El hospital de Miami que lideraba el piloto había puesto, en la sala de juntas donde Valentina asistía a reuniones mensuales de seguimiento, un letrero institucional con el eslogan del programa: Un sistema, dos países, una sola lista de espera. A nadie en esas reuniones parecía incomodarle la ironía de esa frase, aplicada a un programa que, cada vez con más frecuencia, exigía verificar de qué lado de una frontera política tenía derecho a existir cada paciente.

Su trabajo consistía en cruzar listas de espera de receptores entre los dos países, verificar compatibilidad de tejidos, urgencia médica. Y cada vez más, un campo nuevo que el sistema exigía llenar: estatus migratorio del paciente, obligatorio desde hacía apenas unas semanas, sin que nadie en su oficina supiera explicar bien por qué la migración y los trasplantes, de un día para otro, necesitaban hablar el mismo idioma técnico.

Dos años en el cargo le habían enseñado que las preguntas sobre por qué un sistema exigía cierto campo casi nunca tenían una respuesta satisfactoria disponible para alguien en su posición. Las decisiones de arquitectura se tomaban en otro nivel, por gente que ella nunca conocería, y su trabajo era llenar los campos correctamente, no cuestionar por qué existían. Había preguntado, la

primera semana que ese campo se volvió obligatorio, a su supervisor directo, que tampoco supo darle una respuesta mejor que «así llegó de arriba». Preguntó una segunda vez, semanas después, a alguien de un nivel más alto que pasó por la oficina, y recibió, en cambio, una mirada que le comunicó con claridad que insistir en esa pregunta no iba a mejorar en nada su próxima evaluación de desempeño. No volvió a preguntarlo.

Sofía tenía diecisiete años ahora y hablaba de estudiar psicología, algo que Valentina escuchaba con un orgullo que no siempre sabía cómo expresarle sin que sonara a presión. Sofía había empezado, ese mismo año, a hacer voluntariado los fines de semana en una línea de apoyo emocional para adolescentes, una decisión que a Valentina la tomó por sorpresa la primera vez que se enteró, aunque después, pensándolo con más calma, le pareció la continuación lógica de algo que su hija había sido siempre: la que escuchaba, la que preguntaba dos veces si alguien decía estar bien sin sonar del todo convencido. Mateo, doce, seguía siendo el más callado de los dos, aunque en los últimos meses había empezado, sin que Valentina supiera por qué, a escribirle mensajes más largos que antes, contándole detalles del colegio que hasta hacía poco se guardaba para sí mismo. El más reciente de esos mensajes, apenas la noche anterior, había sido sobre un proyecto de ciencias que a Mateo lo tenía genuinamente entusiasmado, algo sobre circuitos simples que él mismo había armado con piezas compradas por internet, y Valentina se había quedado despierta más tarde de lo necesario, leyendo y releyendo ese mensaje, tratando de decidir cuánto entusiasmo propio era prudente devolverle sin que se sintiera exagerado ni, en el otro extremo, insuficiente. Ella no sabía si atribuirlo a la edad, a que por fin encontró algo que de verdad le importaba compartir, o simplemente a que había decidido, después

de años de silencio parejo hacia los dos padres, empezar a repartir un poco más ese silencio de otra manera. No le preguntó. Prefería dejar que la costumbre nueva se afianzara sola, sin arriesgarse a que una pregunta de más la hiciera retroceder.

Esa tarde, revisando un lote de historiales migrados desde el sistema de salud colombiano, un nombre le detuvo la mano sobre el ratón más tiempo del que ameritaba cualquier expediente: MORA, GABRIEL. La oficina, a esa hora de la tarde, tenía el mismo bullicio moderado de siempre: dos colegas discutiendo en voz baja sobre un caso urgente, el sonido constante de teclados, alguien calentando algo en el microondas del pasillo que olía, vagamente, a comida de otro país. Ninguno de ellos notó el segundo en que Valentina se quedó inmóvil frente a la pantalla. No era un candidato a trasplante. Era solo un registro histórico, arrastrado por accidente en la migración masiva de datos, con un campo de «seguimiento post-deportación» que el sistema había dejado, como a miles de otros, opcional y sin llenar.

Valentina se quedó mirando el nombre un segundo de más —no por el sistema ni por el campo vacío, que ni siquiera registró como anomalía, sino por la razón mucho más simple de que ese hombre había sido su esposo durante doce años y era el padre de sus dos hijos. Marcó el registro como no aplicable y pasó al siguiente. Se preguntó, por un instante fugaz que no llegó a convertirse en pensamiento completo, qué habría sido de la vida de ese hombre en los dos años transcurridos desde la última vez que supo algo de él con certeza. No encontró ninguna respuesta satisfactoria, y el sistema, de todos modos, no tenía ningún campo diseñado para ese tipo de pregunta. Pensó, brevemente y sin poder evitarlo, en contarle a alguien de la oficina el hallazgo mínimo del día —ver, de casualidad, el nombre de un exesposo perdido en un mar de registros

ajenos— y decidió, casi al instante, que no había ninguna manera de contar esa anécdota que no sonara, de algún modo, a más de lo que en realidad era. Se lo guardó para sí misma, como tantas otras cosas de esos años.